

CAPÍTULO III

PRISIÓN DE JESÚS EN GETHSEMANÍ.

Confestim accedens (Judas) ad Jesum dixit: Ave, Rabbi. Et osculatus est eum. Dixitque illi Jesus: Amice, ad quid venisti? Tunc accesserunt et manus iniecerunt in Jesum, et tenuerunt eum.

MATTH., XXVI, 49-50.

Era próximamente la media noche. La luna en su apogeo inundaba el valle con su resplandor argentino: reinaba en la naturaleza profunda paz. Sólo la voz de alerta que se daban los centinelas desde los baluartes de la torre Antonia, interrumpía el silencio á largos intervalos, durante los cuales se podría creer que dormía todo el mundo. Las zoritas refugiadas en la espesura, los chacales metidos en sus guaridas, las ovejas cerradas en sus rediles, los perros sueltos enroscados sobre sí mismos en las encrucijadas, cuanto da animación al día y á los crepúsculos, todo callaba durmiendo. Los mismos buhos, deslumbrados por tanta luz, se mantenían á la sombra de los sepulcros donde se apagaban sus gemidos. Como allá cuando nació el Redentor, todo parecía perdido en el mutismo de tranquila espectación, la espectación de la salud que bajaría pronto del cielo; y, ciertamente, jamás había estado más cercana, y Aquel que la traía podía decir al

mundo igualmente que á los discípulos dormidos: «Dormid ya, y descansad; ha llegado mi hora ¹.»

Era también la hora de Satanás, y antes de sucumbir bajo los pies de su vencedor, iba á extremar contra él todos los esfuerzos de su rabia. Semejante á la serpiente que se desliza sin ruido entre la hierba ², avanzaba mirando á su víctima con miradas rabiosas, clavándole su aguijón venenoso y enroscándosele para ahogarle. El insensato se figuraba sorprender á su adversario y no echaba de ver que la planta del Maestro se desdénaba todavía de aplastarle la cabeza: había olvidado la palabra divina, que le permitía *morder el calcañal que le aplastaría* ³.

«Levantaos, vámonos. Ved que se acerca el que me va á entregar ⁴.» Con estas palabras había revelado Jesús á sus discípulos la proximidad del traidor, ese Judas de Kerioth, cuyo nombre ojalá hubiera callado el Evangelio en vez de decirnos también su patria ⁵. Iba guiando una escolta que los Principes de los sacerdotes y los Ancianos del pueblo habían puesto á su disposición.

Era una verdadera turba ⁶, según la despreciativa expresión de los Sinópticos, compuesta por mitad, de los guardias ordinarios del Templo asalariados por el Sumo Sacerdote y de matones pagados por el Sanhedrin. Parece

¹ MATTH., XXVI, 43: «Dormite jam et requiescite: ecce appropinquavit hora.»

² APOC., XII, 9: «Serpens antiquus qui vocatur diabolus.»

³ GENES., III, 15: «Conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus.»

⁴ MATTH., XXVI, 46: «Surgite, eamus, ecce appropinquavit qui me tradet.»

⁵ S. JOANN. CHRYSOST., *Homilia de prodicione Judæ*: «Quid mihi ejus patriam dicis? Utinam ipsum quoque nescire licuisset!»

⁶ MATTH., XXVI, 47: «Cum eo turba multa.»—CF. MARC., XIV, 43 et LUC., XXII, 47.—«Una especie de brigada gris», dice DUPIN: *Jésus devant Caïphe et Pilate*, p. 42.

asi como que el Evangelio ha querido dejar á un lado en esta traición á la cohorte romana acantonada en la torre Antonia y el palacio de la Ciudad Alta, cual si hubiese tímido manchar el honor militar, que suele ser la última forma de la virtud en las sociedades que se hunden.

Es maravilla que la mayor parte de los historiadores modernos se hayan equivocado, cuando á Catalina Enmerich, mujer sin letras, le bastó su buen sentido para adivinar la verdad ¹, que por lo demás es harto visible en los pasajes evangélicos. Verdad es que podían inducirles en error las palabras de dos ilustres comentadores del Evangelio, San Crisóstomo y San Agustín; pero, sin faltarles al respeto, podían haber comprobado la evidente insuficiencia de la explicación de estos Santos Padres. San Agustín ², ajeno á los usos y costumbres del antiguo Oriente romano, aplica á la prisión del divino Maestro las leyes que regían en el Imperio, como lo afirma sencillamente. Al parecer, ni siquiera sospecha que al lado de la organización romana podia existir una organización local. El Crisóstomo ³ cayó en igual descuido y por la misma razón. Sin embargo, comprendió mejor que San Agustín lo anormal que habria sido la intervención de los soldados romanos, y procuró explicarla por el soborno, sin orden de Pilatos. Según él, los del Sanhedrin debieron de comprar á peso de oro el concurso de los soldados, como lo hicieron con los guardas del sepulcro después de la

¹ *Douloureuse Passion*, c. VI (t. III, des *Révelations*, 239).—Cf. STAFFER: *La Palestine*, p. 103 y 405.—DUPIN (*Jésus devant Caïphe et Pilate*, p. 12 43) dice: «Si en la refriega habia algunos soldados romanos, estaban allí como curiosos, sin haber sido requeridos legalmente.»

² *Tractat.*, c. XII: «Cohors non Judæorum sed militum fuit. A preside itaque intelligitur accepta, tanquam ad terrendum reum, servato ordine legitime potestatis.»

³ *Homil.* LXXXII: «Sed qualiter cohorti susserunt? Quia milites erant, pecuniarum gratia omnia facere meditantés.»

Resurrección. Pero esta explicación sólo prueba la dificultad en que se encontraba el Santo Doctor, y la deja en pie, según lo vamos á ver.

Basta con fijarse en las expresiones que usan los escritores sagrados cuando refieren la primera entrevista de Pilatos con Jesús ¹, para ver que el Procurador no estaba enterado del asunto llevado á su tribunal ². Se puede sostener que lo conocía por encima, por relación sumaria que le hicieran á última hora, pero nada más. En efecto: es evidente que los Judíos no debían desear su intervención prematura, que habria resultado de pedirle soldados para prender á Jesús. Eso habria sido darle á entender que la causa era de su competencia inmediata, y por tanto inducirle á que en seguida la avocara á sí, y meterse en un callejón sin salida. Los sacerdotes y los Ancianos deseaban diferirle la sentencia solamente á la hora en que de buena ó mala gana tuviera que darla conforme ellos querían ³, es decir, tras un proceso que ellos formarían á su gusto, pues por ahora no era preciso pedirle su concurso con peligro de poner en sus manos todo el negocio. Lo mejor para ellos era aprovechar los medios legales que tenían, llevar á cabo la prisión en la forma ordinaria, con los agentes acostumbrados en tales casos.

El suponer que le pidieron escolta al tribuno que mandaba la plaza ⁴, no resuelve tampoco la dificultad.

¹ *MATH.*, XXVII, 11 et seqq.—*LUC.*, XXIII, 1 et seqq.—*JOANN.*, XVIII, 29 et seqq.—Cf. BONNETTY: *Documents historiques sur la religion des Romains*, t. IV, p. 954.

² Esta es la opinión de DUPIN, *op. cit.*, p. 43.

³ *LUC.*, XXIII, 2: «Hunc invenimus subvertentem gentem nostram.»—*JOANN.*, XVIII, 30: «Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissemus eum.»

⁴ Es lo que podria deducirse, á primera vista, del titulo que S. Juan (XVIII, 12) da al oficial que mandaba la tropa de Gethsemani.

Este oficial, si sospechaba la gravedad del paso, no lo habría dado sin antes consultar, especialmente si se proponía mandar la expedición; pues el Gobernador mandaba las fuerzas militares de su distrito, y debía atenerse muy particularmente á esta prerrogativa estando en Jerusalén, casi en país enemigo, con la perspectiva siempre posible de una sedición. Por otra parte, de no ver el tribuno cosa extraordinaria en la propuesta prisión, habría tenido motivo para extrañarse de que se pidiera su intervención, y no hubiese dejado de responder lo que respondió tres días después: «*Guardias tenéis; servios de ellas*».¹

Ocurre además otra observación. Dejando Judas el Cenáculo al fin de la comida, ó sea bien entrada la noche, difícilmente podía dar á sacerdotes y Ancianos el aviso con tiempo, para que ellos lo tuvieran, de pedir fuerza al Procurador antes del momento convenido para prender á Jesús. Así, pues, esa opinión acumula más y más dificultades para llegar á una conclusión poco verosímil: lo más sencillo es atenerse á los datos evangélicos, que no suponen de modo alguno la presencia de soldados romanos en el huerto de Gethsemani.

Los Evangelios sinópticos hablan de una *turba armada de espadas cortas y de palos*, enviada por los príncipes de los sacerdotes y los Ancianos del pueblo². Distinguen, pues, en cierto modo entre los dos elementos de esta tropa improvisada: los agentes de los sacerdotes, y los del Sanhedrín. La razón de esto es fácil de ver.

El Sanhedrín tenía su policía, cuyo tipo se conserva sin alteración en el Oriente. Quienquiera que haya pasa-

¹ MATTH., XXVII, 65: «Habetis custodiam; ite, custodite sicut scitis.»

² *Ib.*, XXVI, 47: «Turba multa cum gladiis et fustibus, missi a principibus sacerdotum et senioribus populi.»— Cf. MARC., XIV, 43; LUC., XXII, 52.

do algunos días en Constantinopla, por ejemplo, conoce esas patrullas armadas de sables y garrotes, que suelen ser más temibles para los ciudadanos pacíficos que no para los verdaderos malhechores. El palo (la *matraca árabe*) no ha cambiado de forma; pero el sable ha reemplazado al *kandjar* ó al *yatagan* de los antiguos, la «espada corta»¹ ó machete, que nombra el Evangelio, muy diferente de la que usaban los legionarios². Desde los tiempos de Salomón había en Jerusalén esta clase de agentes: el *Cantar de los Cantares* nos los presenta recorriendo de noche la ciudad y molestando á los transeuntes inofensivos³. También ejercían fuera su ministerio, y probablemente iba con ellos San Pablo, camino de Damasco, con la misión de arrestar y conducir en numerosas cuerdas á cuantos el Sanhedrín viera con malos ojos⁴.

El Templo tenía sus guardias particulares bajo el mando de un jefe que, según San Lucas y Josefo, llevaba el título de *general*⁵, con lugartenientes á que alude el Evangelio⁶. La organización no era del todo militar; y como sabemos, sin que de ello quepa duda, que el sistema romano prevaleció en los ejércitos formados después en Palestina en tiempo de los Asmoneos y del primer Herodes⁷, no era nada extraño encontrar en su jerarquía los títulos usados en Roma.

San Juan llama *cohorte* á la fuerza enviada á Gethse-

¹ «*Mýzega, machorus*», hoja curva de un solo filo (RICH., v. *Machara*).

² *Gladius*, espada bastante larga, puntiaguda y de dos filos. V. RICH. (*Gladius*).

³ CANTIC., III, 3: «Invenerunt me vigiles qui custodiunt civitatem.»— V, 7: «Invenerunt me custodes qui circumant civitatem: percusserunt me et vulneraverunt me: tolerant pallium meum mihi.»

⁴ ACT. APOST., IX, 7: «Viri illi qui comitabantur cum eo.»

⁵ «*Ἐπαρχὴς*», traducido por «*magistratus*», en la Vulgata (ACT. IV, 1).

⁶ LUC., XXII, 4: «Judas... locutus est eum... magistratibus.»

⁷ JOSEPH.: *Bell. Jud.* I, XII, 3, etc.

mani, y le da por jefe un *tribuno*¹, lo cual ha inducido en error á Sepp y otros muchos. Se ha pretendido, efectivamente, que la palabra *cohorte* designaba en el *Nuevo Testamento* solamente á los soldados romanos mandados por un tribuno². Mas debieran haber tenido en cuenta que el *Nuevo Testamento* rara vez habla de tropas regulares y estas son siempre las romanas. Las palabras *cohorte* y *tribuno* salen á cada instante en el *Antiguo Testamento* y designan agrupaciones y empleos poco diferentes de los Romanos, aunque semejantes desde varios puntos de vista. Citaremos sólo uno ó dos ejemplos. Saúl tenía en su ejército *tribunos*³ y Judas Macabeo disponía el suyo en *cohortes*⁴. La cohorte romana era fuerte de quinientos hombres, y no parece probable que tanta fuerza se pusiera en movimiento para prender á Jesús, á la sordina, particularmente añadiéndole la gente armada que enviaron los Ancianos y los Fariseos. Es preciso rebajar, para atenerse á un número más ó menos considerable de hombres equipados militarmente y mandados por un segundo del capitán del Templo, es decir, por un oficial que tenía título de tribuno por ocupar el segundo grado de la jerarquía⁵.

Dejemos, pues, descansar á la guarnición de la torre Antonia, cuya desdichada intervención tendremos que

¹ JOANN., XVIII, 12: «Cohors ergo et tribunus et ministri Judæorum comprehenderunt Jesum.»

² LE CAMUS: III, 272, nota 1.

³ I REG., XVII, 48: «Deferes ad tribunalum.»

⁴ II MACCII, XII, 20: «Cumque cohors (στρατηγία) Judæ primò apparuisset.»

⁵ El comandante ó jefe de la guardia del Templo lleva en los *Hechos Apost.* (V. 26), el título de στρατηγός ó «general». Sus lugartenientes, comprendidos en el nombre *magistratus Templi*, llevaban, pues, naturalmente el título de *tribunos*. S. Lucas (XXII, 52) los designa igualmente con la palabra «στρατηγός», como se designaban los seis tribunos de la legión romana, que por turno tenían el mando superior (V. Rica.: *Dictionnaire*: v. Στρατηγός, 2, et *Tribunus*, 3.)

consignar bien pronto, y volvamos á la turba destacada por los Sanhedritas en busca del Nazareno.

Los que debían traer al prisionero eran los espadachines de la policía, protegidos por los guardias que llevaban especialmente el encargo de hacer frente á cualquier resistencia de los discípulos y aun de los Galileos, que el ruido de las armas ó el resplandor de las antorchas pudieran atraer al lugar de la prisión. Se había preparado lo necesario para registrar con luz los escondites del bosque y de las cuevas en que Jesús pudiera refugiarse, y que, por la gran claridad que la luna producía fuera, podrían estar más oscuros. Tócale á Judas, según todas las señas¹, el mérito de estas precauciones tan naturales en semejante caso, y que denotan espantosa sangre fría en el que las indicó. El miserable había también tomado otra precaución por extremo odiosa: temiendo que no conocieran fácilmente á Jesús entre las sombras ó en medio de sus discípulos, había dicho á los agentes del Sanhedrín: «Aquel á quien yo bese, ese es»². Y como si desconfiara del resultado de su ardid, añadió: «Aseguraos bien, no sea que se escape»³.

Judas y los de policía salieron probablemente de la ciudad por una de las puertas que dan al valle de Hinnom, por no llamar la atención dentro de Jerusalén, lo cual habría aumentado la turba. Subiéndose por la orilla derecha del Cedrón, cruzaban el puente de abajo⁴, que desem-

¹ JOANN., XVIII, 3: «Judas... venit illic cum laternis et facibus et armis.»

² MATH., XXVI, 48: «Quemcumque osculatus fuero, ipse est.»

³ MARC., XIV, 44: «Tenele eum et ducite caute.» Aquí apuntan las precauciones á que aluden varios Padres (en particular Teophylacto y el Crisóstomo), las cuales disponían á los Judíos á ver en Jesús un ser invisible é impalpable en ciertos casos.

⁴ Se deduce rigurosamente de la tradición relativa al lugar en que Judas entregó á su Maestro. También puede inferirse que los Judíos no vo-

bocaba muy cerca de la entrada de Gethsemaní, y de este modo siguieron un camino sombreado todo por las alturas de Siloam y por los árboles frondosos que bordaban el torrente.

Los guardias del Templo debieron de preferir á la *puerta de las Ovejas*, situada en el ángulo Nordeste del recinto sagrado, la abierta en el ángulo opuesto que salía al camino del Olivete, frente al sepulcro de Zacarías. Por aquella otra se habrían encontrado con el estorbo de los corderos de la Pascua y sus conductores en los alrededores de la piscina, donde eran purificadas las víctimas antes de ser introducidas en el atrio. Por allí su paso hubiese también provocado agitación, que era lo que temían más que todo. Era, pues, preferible este otro camino, y los dos grupos debieron de reunirse en las cercanías del sepulcro de Absalón.

Como quiera que sea, su guía los llevó pronto á la puerta del jardín, que abrió sin vacilar, no esperando seguramente encontrarse en seguida cara á cara del Maestro. No contó con la omnisciencia de Aquél á quien esperaba sorprender¹. Jesús, adelantándose á los tres discípulos testigos de su agonía, llegaba en aquel mismo instante al punto en que había dejado á los otros ocho, que era á la entrada de la finca. La sorpresa causó en el traidor una turbación, que le hizo atropellarse en el encuentro²; se adelantó presuroso, y acaso sin advertir lo que

nian del Templo por la puerta de las Ovejas; pues habrían pasado el Cedrón por el puente de arriba cercano al sepulcro de la Santísima Virgen. En fin, se puede colegir que la *turba* nombrada en el Evangelio no había salido de la *Antonia*, pues hubiese debido seguir este último camino para llegar á Gethsemaní.

¹ JOANN., XVII, 6: «Jesús, *sciens omnia* que ventura erant super eum, processit.»

² MARC., XIV, 45: «Et quum venisset, *statim* accedens ad eum.» — Cf. FARRAR: *Life of Christ*, p. 398.

hacia, tomó las manos de Jesús, conforme se acostumbraba¹, y luego le aplicó sus labios diciendo: «Dios te guarde, Maestro»².

Temblábale la voz, y él balbucía: «Maestro, Maestro»³; tratando de repetir el infame saludo: según lo observan San Mateo y San Marcos, parecía que no podía desprendirse del abrazo⁴.

—Infeliz amigo,—le dijo Jesús al oído,—¿por qué has venido aquí?⁵

Y apartándole con suavidad como para verle bien la cara: «¿Judas! ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»⁶

La dulzura inefable de la voz divina, ¿despertó el remordimiento en el alma de aquel miserable? Nadie lo sabe. Contentémonos con notar el silencio del discípulo amado que no quiso recordar en su Evangelio ese *beso mortal*⁷, y, como él, pasemos de largo sin arrojar la piedra al traidor, á quien nosotros con el pecado hemos imitado tantas veces.

Entretanto se aproximaron Pedro, Santiago y Juan, y comprendiendo vagamente que pasaba algo extraño, apartaron á Judas, llamando á la vez á los ocho Apóstoles que se habían cobijado en la próxima casa. Por su parte, los agentes del Sanhedrin se disponían á penetrar en el jardín, retenidos aún por la incertidumbre del peligro

¹ Los orientales saludan de cinco maneras diferentes: la más solemne y afectuosa consiste en besar al amigo en la cara tomándole las manos. Este saludo se llama: «*Gulay-Mina*.»

² MATH., XXVI, 49: «Et confestim accedens (προσεληθών) ad Jesum dixit: Ave, Rabbi, et osculatus est eum.»

³ MARC., XIV, 45: «Αἰμα: Ραββί, ραββί!»

⁴ «Κατεπληρυνεν αὐτόν.»

⁵ MATH., XXVI, 50: «Amice (Ἐταίρε), ad quid venisti?»

⁶ LUC., XXII, 48: «Juda! osculo Filium hominis tradis!»

⁷ «Per osculum adimplevit homicidium!» — Oficio del Jueves santo, resp. iv.

que pudieran correr entrando. Tranquilo en medio de aquella agitación, y majestuoso como un rey que se presenta á recibir los homenajes de la muchedumbre, Jesús pasó el dintel y se dirigió hacia ellos con frente erguida y mirada centelleante.

—«¿Á quién buscáis?» , preguntó con vigorosa voz.

—«Á Jesús Nazareno.»

—«Yo soy.»

Apenas esta respuesta llegó á sus oídos, cayeron de espaldas en tierra ¹, como tirados al suelo por el viento que troncha los cedros y sacude el desierto ². Judas, que se había juntado con ellos ³, con ellos cayó también. Quedaron por tierra un instante. Luego se levantaron locos de sorpresa y de temor ⁴. Judas se callaba, y sin duda buscaba modo de evadirse. Jesús dió otro paso adelante, y repitió su pregunta :

—«¿Á quién buscáis?»

—«Á Jesús Nazareno», respondieron con voz poco segura; tan terrible les parecía el Maestro visto á buena luz ⁵. Las linternas debieron de apagárseles cuando cayeron de espaldas, y la luna inundaba el sitio en que estaba Jesús, con claridad tanto más viva cuanto más espesa era la sombra detrás de él ⁶. Estaba radiante, como con un manto de gloria, y los testigos del Thabor de-

¹ JOANN., XVIII, 4: «Jesus... processit (*literalmente*: exiit, ἐξῆλθεν) et dixit eis: Quem queritis? Responderunt ei: Jesum Nazarenum. Dicit eis Jesus: Ego sum... Ut ergo dixit eis: Ego sum, abierunt retrorsum et ceciderunt in terram.»

² PSALM., XXVIII, 5: «Vox Domini confringentis cedros... concutientis desertum.»

³ JOANN., XVIII, 5: «Stabat autem et Judas... cum ipsis.»

⁴ S. CYRILL., *Cateches.*: «Invasit eos illico timor, et prostrati et exanimis jacuere solo.»

⁵ *Id.*, *Cateches.*: «Qui se discipulis pavidum, coram persecutoribus terribilem se exhibuit.»

⁶ FARRAR: *Life of Christ*, p. 399.

bían preguntarse si había estado allá más esplendente.

—«Os he dicho ya que soy yo», repitió, recalcando las palabras, «y puesto que me buscáis á mí, dejad que se vayan éstos ¹», designando á sus discípulos agrupados allí cerca, asustados unos, encendidos otros en indignación y celo, persuadidos todos que allí peligraban sus vidas y las del Maestro, olvidándose de que había decidido reservarles por ahora en conformidad á la promesa que hizo cuando decía: «Los que me confiaste, Padre mío, los guardé, y ninguno de ellos ha perecido, más que el hijo de perdición ².»

Algunos del Sanhedrin habían acompañado á sus agentes, y, quedándose atrás probablemente, no habían sido derribados de espaldas ³, y en vista del tumulto que había á la puerta del jardín, se figuraban que estaban luchando los discípulos del Nazareno y sus agresores. Se acercaron, pues, por animar á los suyos y llegaron á infundirles algún aliento. Pronto Jesús se vió rodeado, y osaron poner la mano sobre él ⁴. Esta fué la señal de que los Apóstoles protestaran con violencia.

«Señor, exclamaron algunos que habían tomado armas en el Cenáculo, ¿hacemos uso de las espadas?» ⁵

Sin esperar respuesta Pedro se lanzó en medio empu-

¹ JOANN., XVIII, 7-8: «Interum ergo interrogavit eos: Quem queritis? Illi autem dixerunt: Jesum Nazarenum. Respondit Jesus: Dixi vobis quia ego sum, si ergo me queritis, sinite hos abire.»

² *Id.*, XVII, 12: «Quos mihi dedisti custodivi et nemo ex eis perii.»—*Cl. Id.*, XVIII, 9.

³ *Cl. CATH. EMMERICH: Doulour. Passion*, c. VI.

⁴ MATTH., XXVI, 50: «Tunc accesserunt et manus iniecerunt in Jesum.»

⁵ LUC., XXII, 49: «Videntes autem illi, qui circa ipsum erant, quod futurum erat dixerunt ei: Domine, si percutimus in gladio.» Los Judíos llevaban armas de ordinario, particularmente los peregrinos y viajeros; nadie, pues, podía sorprenderse de ver una espada en mano de San Pedro. La otra, tomada en el Cenáculo (Luc., XXII, 38), la ceñía al cinto San Simón el Celoso, según se dice.

ñando su arma, y de un tajo le cortó la oreja derecha al criado del Sumo Sacerdote, un tal Malek ó Malco, á quien el Evangelio hace la distinción de conservar su nombre ¹. Este acto de valentía no debía producir gran efecto: ¿qué podía hacer un hombre ó dos contra un tropel de gente encolerizada? Hubo, sin embargo, un movimiento de retirada, y el Maestro quedó suelto un instante que aprovechó para calmar la ira de los discípulos:

«Dejadlos, dijo.—Pedro, vuelve tu arma á la vaina; los que con espada hieran, á filo de espada perecerán. El cáliz que me ha presentado mi Padre, ¿no he de beberlo? ¿Piensas tú que no puedo pedir á mi Padre, y me enviará al punto doce legiones de ángeles? ² Eran ellos doce hombres, y sustituyéndolos doce legiones de espíritus evangélicos, poco le habría costado rechazar, no queriendo aniquilarlos, á los Sanhedritas y á sus sicarios. ¿Mas cómo entonces se cumplirían las Escrituras, según las cuales tenía que suceder lo que estaba sucediendo? ³.

Inclinándose entonces sobre Malco caído en tierra y lleno de sangre, le tocó la oreja cortada y le cicatrizó la herida, mientras Pedro irritado y amenazador, mantenía apartados á los cuadrilleros, cuyo movimiento de retirada había dejado en primera línea á los Principes de los

¹ JOANN., XVIII, 10: «Simon ergo Petrus, habens gladium, eduxit eum et percussit pontificis servum et abscidit auriculum ejus dexteram. Erat autem nomen servo Malchus.»—San Mateo (XXVI, 31) nos indica con bastante claridad la forma curva de la espada y su dimensión que la distingue del *kandjar*: «Ἐκείνους τὴν γαστέρα, ἀπέσπισαν τὴν μαχαίραν αὐτοῦ.» Frecuentemente es de admirar en el Evangelio la precisión de los detalles.

² LUC., XXII, 51: «Sinete usque adhuc.»—MATTH., XXVI, 52: «Converte gladium tuum in locum suum: omnes enim qui acceperint gladium gladio peribunt. An putas quia non possum rogare patrem meum et exhibebit mihi modo plus quam duodecim legiones angelorum?»—JOANN., XVIII, 11: «Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?»

³ MATTH., XXVI, 54: «Quomodo ergo implebuntur Scripturae quia si oportet fieri?»—CL. ISAI., LIII, 7.

sacerdotes. Vióse Jesús, y los echó en cara este apóstrofe despreciativo: «Habéis venido á mi como á un ladrón, con machetes y palos. Todos los días estaba en medio de vosotros enseñando en el Templo, y no me habéis detenido ¹. Mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas ².

Con esto quería hacer ver con cuánta independencia descendía á la prueba. Indudablemente pudieron prenderle en el Templo, y voluntad no les faltaba; pero *no era su hora* ³, ni por tanto la en que dominaran las tinieblas; llegaría cuando él la llamara; nada era capaz de anticiparla. Ni siquiera la traición de Judas, profetizada por él, influiría en la marcha de los sucesos, y su pérfido beso no podría entregarle á los pecadores: echarían mano de él en el momento en que le acomodara permitirlo, después de haber tirado por tierra con una mirada y con una palabra á la gente armada enviada contra él. Al presente, estaba ya dispuesto, porque debía estarlo. La hora de ellos, *hora vestra*, había sonado: tenían que comenzar sin tardanza á aprovecharla, empujados, con la espada al cinto, por la fuerza divina cuyos designios parecía que contrarrestaban.

Habían cerrado los ojos para no ver: *se habían tapado los oídos, cual áspid sordo para los encantamientos* ⁴, y se precipitaban hacia el crimen sin pensar que corrían á la muerte. Así se enorgullecieron de su triunfo, hasta suponer que la caída de los sicarios habría sido la manifestación

¹ MATTH., XXVI, 55: «Tanquam ad latronem existis cum gladiis et fastibus comprehendere me: quotidie apud vos sedebam docens in Templo et non me tenuistis.»

² LUC., XXII, 53: «Sed hac est hora vestra et potestas tenebrarum.»

³ JOANN., VII, 30: «Nondum venerat hora ejus.»

⁴ PSALM. LVII, 5: «Furor illis... sicut aspidis surdæ et obturantis aures suas.»

última de un poder agotado. La protesta del Maestro fué acogida con desdefiosa sonrisa : á la voz del tribuno la soldadesca rodeó á Jesús, y los criados le ataron las manos, entretanto que él estaba pensando en el cumplimiento de las profecías ¹ olvidadas por aquellos á quien las destinaba su divino Espíritu. Con efecto, ¿no les había dicho Isaías que *le contarian entre los criminales* ² ? ¿No había predicho Jeremías que sería *cautivo de los pecadores* ³ ?

¡Bastante caso hacían entonces de las profecías los Principes de los sacerdotes y los doctores de la Ley! Lo que les importaba era consumir la venganza tan favorablemente comenzada. ¡Ah! Bien podían ahora confesarlo: no esperaban ellos apoderarse tan felizmente del Galileo. Y esto no porque le temieran personalmente, habiendo hecho punto de conciencia no reputarle profeta, y no teniendo más que una fe muy mediana en ese demonio de que le decían asistido; pero le creían capaz de apelar á sus compatriotas venidos á Jerusalén para la Pascua, y esa gente, de mala cabeza y nervudo brazo, les habría puesto en grave aprieto. En concepto de ellos, el Nazareno había perdido la confianza en su ascendiente, ó dudaba ya del éxito de una insurrección; el recuerdo del Gaulonita ⁴ le había desanimado hasta el punto de desistir de una tentativa impotente, aunque muy molesta para los que hubieran de reprimirla: ahora ya todo estaba concluido; sólo una cosa daba que pensar: la conformidad del procurador romano, que era precisa para llevar á feliz término la obra libertadora. No les arredraba esto

¹ MARC., XIV, 49 : «Ut impleantur Scripturæ.»

² ISAI., LIII, 12 : «Tradidit animam suam in mortem et cum sceleratis reputatus est.»

³ THREN., IV, 20 : «Christus Dominus captus est in peccatis nostris.»

⁴ ACT. APOST., V, 37 : «Judas Galilæus... averitit populum post se, et omnes quotquot consenserunt ei, dispersi sunt.»

contando con lo hábiles que eran : su habilidad les había sacado bien de otros pasos difíciles, y el gobernador romano acabaría por inclinarse ante la tenacidad judía.

Mientras ellos se entregaban á tales pensamientos, los olvidados Apóstoles se refugiaban en lo interior del jardín ó huían por el camino de Bethania ¹. Nadie pensó en perseguirlos, con la prisa que tenían de regresar á Jerusalén, y asegurar al prisionero de suerte que no pudiera tomar la ofensiva. El siniestro cortejo precipitaba la marcha, volviéndose por el mismo camino que habían venido, pero con más precauciones todavía, por lo mucho que temían un accidente azaroso. Sentían como que pesaban sobre ellos las miradas de los centinelas que desde la Antonia estarían atentos á aquel movimiento de luces en el valle. ¿No daría parte al tribuno el centurión de los guardias, y provocaría una intervención que salvara á la víctima, llamando su causa á la jurisdicción del César? El camino mismo les parecía poco seguro con sus desfiladeros que tenía, donde podrían presentarse de repente los partidarios del Nazareno saliendo de la ciudad ó bajando de la parte alta. Un mancebo, atraído por el ruido, se había puesto á seguirles, apenas cubierto con un lienzo ², cuya blancura no tardó en descubrirle. Esta aparición los espantó, y la huida del joven, despojado de su manto, les causó aún más inquietud ³. ¿No iría á dar aviso á los peregrinos acampados en el monte? ¡Cuánto les disgustaba que Jesús anduviera despacio!

¹ MATTH., XXVI, 56 : «Tunc discipuli omnes, relicto eo, fugerunt.»

² El *sináon*, vestido usado por los Judíos en aquella época.

³ MARC., XIV, 51 : «Adolescens autem quidam sequebatur eum amictus sindone super nudo, et tenuerunt eum. At ille, rejecta sindone, nudus profugit ab eis.» — Se ha supuesto que este joven era el mismo San Marcos; San Gregorio (XIV *Moral.*) piensa que es San Juan; Teoflacto (*In Marcum*, XIV, 9) designa á Santiago el Menor.

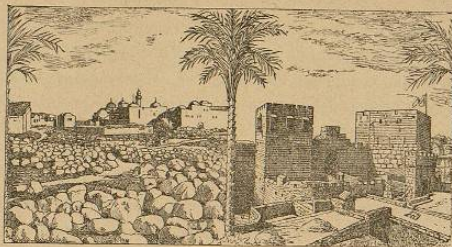
Por fin, repasaron el puente de Tophet y llegaron al monte de Sión: ya podían respirar, libres de miradas poco amigas, seguros de no ser detenidos en su marcha hasta el palacio del Sumo Sacerdote, donde Jesús debía quedar detenido esperando el juicio solemne. Pues tenían sus escrúpulos: no debiendo el Sanhedrin celebrar sesiones de noche, no se podía proceder al interrogatorio ni á la sentencia antes de amanecer; querían derramar sangre, pero bajo la condición de observarse las formas que legitimaran la efusión. Eran de verdad los *hijos de los que mataban á los profetas*, sin perjuicio de *adornar sus sepulcros y ponerlos blancos*¹.

La una y media de la noche podría ser cuando el divino prisionero entró en Sión, después de haber atravesado los jardines embalsamados que cubrían la pendiente de la colina². La calma de la noche, clara y perfumada, hacía aún más sensible el abandono del Hijo del hombre. Nada parecía conmoverse de sus males; estaba del todo solo, y se cumplía plenamente la palabra del profeta: «Miré á mi alrededor, y no había quien me auxiliara; busqué, y no encontré quien me ayudara.» Bien es verdad que podía concluir la aplicación de la sentencia profética: «Mi brazo solo me salvó de mis enemigos, y eché por tierra el poder de que se evanescían»³.

¹ LUC., XI, 47: «Vae vobis qui edificatis monumenta prophetarum, patres autem vestri occiderunt illos.»

² SAN JERÓNIMO: *Comment. in Jeremiam*, lib. II, c. VII, v. 31.

³ ISAI., LXIII, 5: «Circumspexi et non erat auxiliator: quæsvi et non fuit qui adjuvaret. Et salvavit mihi brachium meum... et detraxi in terram virtutem eorum.»



LIBRO III EN EL MONTE SIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

ANÁS Y CAIPHÁS.—LOS SADUCEOS Y LOS FARISEOS.

Jesus dixit: Intemini et cavete a fermento Phariseorum et Sadduceorum.

MATTH., XVI, 6.

Sinite illos: ceci sunt et duces cæcorum.

MATTH., XV, 14.

Antes de que entremos, siguiendo al divino Maestro, en la morada de los Pontífices, donde sufrirá el primer interrogatorio y un juicio anticipado, no carece de interés investigar qué clase de hombres son esos á quien habrá de responder, y qué valor tiene ante la historia el tribunal que dictará contra él una sentencia de muerte.

El primer personaje que el Evangelio presenta en acción, con la marcada intención de atraer sobre él todas